

LA CAMPAÑA ELECTORAL

Con la apertura de la campaña electoral, acaba de comenzar en Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, el proceso inmediato a la formación y constitución del Parlamento vasco, a través del cual, quedará asimismo constituido el futuro Gobierno de nuestra Comunidad Autónoma.

Impaciencias más o menos febriles aparte, lo cierto es que el ordenamiento constitucional español, reafirmado hace poco más de un año, va dando sus frutos, entre los que figura, naturalmente, la aplicación del Estatuto de Autonomía, aprobado igualmente aquí el pasado 25 de octubre. Se va a una nueva y distinta configuración del Estado, en la que el seguimiento y la capacidad de decisión de las cuestiones que afectan a los ciudadanos van a ser resueltos en instancias más próximas y ligadas a esos mismos ciudadanos, sin que ello suponga detrimento alguno para la unidad de España y la operatividad conjunta y superior del mismo Estado. Esos son los propósitos constitucionales y ese es el «modus» político que va a configurarse en el País Vasco, como en otras comunidades autónomas en tiempo más o menos próximo.

Ocasión y circunstancias éstas de importancia trascendental y auténticamente histórica. Porque se trata de conformar el futuro, que deseamos próspero, solidario y pacífico, bajo un ordenamiento político y unas formas de convivencia que, si aminoradas por algunos como repetición de otro tiempo histórico que fue, la verdad es que encierra fórmulas novísimas y descarga sobre los hombres políticos del País Vasco competencias y responsabilidades con escasos precedentes. Esta es la verdad y este es, por consiguiente, el reto.

A partir de ahora, y hasta las visperas del 9 de marzo, los partidos y agrupaciones políticas van a intensificar sus comparecencias ante la

opinión pública, en demanda del voto para cada opción. Este período, como otros medios de difusión, será escaparate del esfuerzo propagandístico de las distintas opciones políticas, sin otros límites que los que impone al respeto mutuo y la legalidad vigente. Bajo este mismo prisma, abrimos también nuestras páginas a las libres manifestaciones de distintos líderes cuyos partidos concurren a las elecciones, cumpliendo así el objetivo de ofrecer a los ciudadanos puntual referencia de todas las opciones para que, conociéndolas y sopesándolas, puedan decidir con el mejor conocimiento y siempre con absoluta libertad.

Señalado, pues, nuestro propósito, al iniciar la recta final que desembocará en las elecciones para el Parlamento vasco, sin identificarnos necesariamente con ninguna opción política concreta, es obligada y justa la referencia a la Corona, máxima representación de la nación y del Estado y bajo cuya tutela, en el más exquisito respeto al marco constitucional, ha sido posible este nuevo paso hacia una sociedad democrática, en cuyo futuro de libertad, de paz, de solidaridad y de progreso, tenemos derecho a esperar.



—Estoy muy satisfecho de haberle votado a usted.

—Gracias. Tenemos un clima muy bueno.

ESPIONITIS AGUDA

Crónica de JAVIER AGUADO

MADRID, 16. (Colpisa.) Ayer Suránov, hoy Kasirnikov, los aviones salen de Madrid rumbo a los países del Este con espías soviéticos como si tal cosa. Cuando el anterior embajador de la U.R.S.S. Bogomolov abandonó España, en círculos diplomáticos se comentaba que la «puntilla» a su gestión había sido que las autoridades españolas le habían expulsado a cuatro funcionarios por espionaje.

Dubinín, el nuevo embajador, empezó con buen pie, pero el mes de febrero se le ha presentado duro: en dos días le expulsan al director de la «Aeroflot» y al primer ministro de la Embajada.

No es mal récord, sobre todo si tenemos en cuenta que los servicios de información de la defensa, que dirige el general Mariñas, continúan investigando y no es descartable que se descubran nuevos casos de «exceso de curiosidad».

Por cierto, tres de los seis expulsados ejercían el cargo de agregado comercial, con «status» diplomático.

Y es que hay demasiados diplomáticos en la Embajada soviética. Demasiados para el trabajo que deben realizar. Exactamente veintiséis personas tienen pasaporte di-

plomático, mientras que en nuestra Embajada en Moscú sólo hay ocho.

Y a los diplomáticos hay que sumar toda una serie de personas que trabajan en compañías soviéticas e hispano soviéticas y cuyas atribuciones no son precisamente claras, así pasa lo que pasa.

La opinión pública se está tomando el asunto de la espionitis un poco a broma. Ayer mismo durante la rueda de prensa con el secretario de Estado para la Información, hubo risas entre los periodistas cuando el señor Meliá habló del nuevo caso de espionaje.

En medios diplomáticos se tiene la casi certeza de que no va a haber represalias por parte de Moscú, a pesar de que les hemos devuelto a dos de sus hombres y con graves acusaciones encima, en dos días. Aunque Moscú expulsó a un diplomático canadiense hace unos días como represalia por la expulsión de Canadá de un funcionario soviético, se cree que no sucederá lo mismo con España. ¿Por qué? Pues por-

que al margen de la discreción y prudencia de los hombres del embajador Samaranch en Moscú, las pruebas eran tan concluyentes que los soviéticos tendrán que reconocer que han dado un buen resbalón en Madrid.

Pruebas tan contundentes que Kasirnikov ha abandonado Madrid en cuanto se le sugirió que lo hiciera, sin esperar a que llegara la orden de expulsión. Tuvo más suerte que su colega-espía, el director de Aeroflot que al no tener pasaporte diplomático fue detenido por las fuerzas del orden y pasó la noche en la Dirección General de Seguridad. Kasirnikov, sin embargo, pudo pasar la noche tranquilamente en su piso de la calle Jazmin.

No está teniendo suerte la Unión Soviética estos días. Le boicotean los Juegos Olímpicos, los Gobiernos occidentales y no occidentales condenan la invasión de Afganistán, Tito se muere e inquieta el postitismo, y encima se recude la caza y captura de espías rusos.

Clausura de la reunión de alcaldes de ciudades de más de cincuenta mil habitantes

MÁLAGA, 16 (Logos).—Se ha clausurado en la Diputación Provincial la reunión convocada por el Instituto de Estudios de Administración Local para tratar de los objetivos prioritarios de una política municipal democrática y a la que han asistido cerca de treinta alcaldes de capitales de provincia y de municipios de más de cincuenta mil habitantes.

En las conclusiones que se elevarán al Instituto para su puesta en práctica, destacan, en relación con los servicios sociales, el rechazo del término «beneficencia» por cuanto implica un concepto de limosna o caridad ya superado. Los Ayuntamientos deben desarrollar acciones para erradicar el alcoholismo, el consumo de drogas y delincuencia. En materia de servicios urbanos, los alcaldes reunidos estiman que algunos, por su elevado coste, deben ser subvencionados por la Administración central.

NO DEBEMOS OLVIDAR LA GUERRA CIVIL

Un editor que está publicando una muy ilustrada y seria historia de nuestra guerra civil me ha pedido un colofón para la misma. Cree que ha llegado el momento de que los españoles dejemos de hacer de ella cantera para arrojarnos injurias y revivir odios y que debemos olvidarla.

Suscribo la primera opinión. Si, hora es de que no nos reprochemos unos a otros crueldades y barbaries. Y de que abandonemos la antañona costumbre de estar prontos a iniciar una nueva y sangrienta aventura a poco que el presente no nos sea grato y llegue a incidir en nuestros ideales, en nuestras prácticas, en nuestros intereses.

Pero no puedo suscribir la idea del editor a que aludo, de que debemos olvidar la guerra civil y de que debemos reducirla a un mero recuerdo histórico, cuyos avatares deban estudiarse científicamente.

No me ha sorprendido la propuesta. En los días iniciales del retorno al régimen constitucional y al restablecimiento de las libertades ciudadanas pensé y escribí que deberíamos olvidar la guerra civil. Pero las tristes horas que España ha vivido últimamente y que sigue viviendo me han obligado a vacilar. Porque se han desarrollado fuerzas disolventes, enemistades y ambiciones, retos terroristas —ora separatistas ora no— y múltiples violencias que pueden llegar a provocar un «golpe de estado» —en parte se han realizado tales violencias para incitar a darlo— o que pueden provocar una resolución; golpe o revuelta que pueden llevar de nuevo a la guerra civil. El áspero talante de los hispanos, de Irún a Tarifa y del cabo de Creus al de Finisterre, no se ha suavizado aún. Nuestra historia contemporánea no ha facilitado esa suavización. Ese talante ha llevado a algunos energúmenos a volver a crear un clima de violencia parejo al que conocimos los hombres de mi generación. Y esas realidades me han hecho cambiar de opinión frente al peligroso mañana.

Creo por ello que debemos recordar con frecuencia los horrores que los españoles padecieron durante los crueles años de nuestra contienda y no sólo en los frentes de batalla, en las dos retaguardias. Ya importaría no olvidar los latrocinios padecidos. Pero aludo de modo preciso a los crímenes bestiales de todos conocidos: asesinatos y fusilamientos en masa, incendios, violaciones, torturas, enterramientos de seres humanos vivos, etc.

No, no hay que olvidar la caída de los españoles en estado salvaje; de los españoles rojos y blancos, incluso de gentes que por su tradición familiar o por su cultura habría podido suponérselos incapaces de ordenar o de realizar crímenes parejos.

Las gentes que hoy viven y dirigen la vida en tierras españolas —y escribo vida y no política para no permitir exclusiones— quizás en gran número no conocieron o no recordarán tales monstruosidades; a lo menos en su mayoría. Y, naturalmente, las ignoran los jóvenes. Esos horrores no están, empero, lejos. Están ahí, muy cerca. No ha sido desarraigada la barbarie y el odio de los corazones españoles. Que nadie piense que en una nueva batalla ellos o sus familiares estarían libres de peligros. Estallada la lucha, es siempre imprevisible el resultado inmediato y es siempre posible caer en zona enemiga y sufrir los horrores que miles y miles de españoles padecieron antaño.

Hay que recordar a los energúmenos, prontos siempre al exterminio del adversario tras un levantamiento de derechas o de izquierdas, que pueden ser víctimas del mismo ellos o los suyos. Hay que hacer ver a todos la trágica estampa de la España de otrora, en la cual la locura de algunos hombres tan ambiciosos como desconocedores de la historia española hicieron caer, a veces, incluso, a sus propios familiares.

Meditemos sobre la responsabilidad de hacer olvidar los horrores de otrora a un pueblo violento y áspero, para quien la vida no ha tenido valor a través de la historia, que por ello ha realizado gestas increíbles si no fueran ciertas, pero que ha cometido terribles crueldades.

No, en modo alguno, debemos olvidar la guerra civil. Millares y millares de muertos en la lucha, millares de asesinatos en las retaguardias y millares de ejecuciones después de acabada.

Meditemos sobre la responsabilidad que supondría frente al mañana olvidar los horrores de otrora. Hay que hacerlos conocer a las nuevas generaciones para que no incidan en la tragedia antañona y busquen el mañana que deseen, pero por sendas de paz.

Antes de olvidar la guerra civil yo organizaría conferencias o lecciones para que las nuevas generaciones de españoles conozcan los horrores crueles —y no abulto el calificativo— que sufrieron sus mayores. Muchos de ellos fueron en verdad sobrevivientes. Apenas

hay familia que no tenga en su ayer muchas tristezas, dolores, amarguras...

Todo es preferible a la guerra civil. Es hacedero iniciar un día la tragedia. Después... No olvidemos la nuestra —la de todos los españoles— de 1936 a 1939. Entenebreció y ensangrentó la vida de España. Recordemos sus monstruosidades para evitar que se repitan. Para que sepamos razonar y discutir buscando solución a nuestros problemas —los eternos problemas del vivir histórico— sin volver a las andadas. Nadie, nadie, nadie puede estar seguro de que él, los suyos o las cosas que más pudiera amar, no caerían en una nueva batalla.

¿Olvidar la guerra civil? No, mil veces no. Yo aleccionaría a los españoles desde las escuelas a las Universidades en el recuerdo de la bárbara y sangrienta contienda que todavía deshonra y debe avergonzar a los españoles. Para que en adelante vayamos cambiando la vida española como la historia impone, pero según los dictados de la razón y del sereno discernir: atributos que distinguen al hombre de las bestias. Sabiendo negociar, ceder, abrir camino al futuro mediante el juego dialéctico y la palabra. Aceptando los procesos históricos que el mañana impone. Pero sin pensar en el exterminio, ni siquiera en el sojuzgamiento del bárbaro adversario. Y procurando evitar los errores tácticos que pueden hacer estallar la tormenta.

La sangre es un cruel fertilizante. El odio un potencial de trágicas consecuencias para las generaciones de hoy y de mañana. Un potencial que estalla en una bárbara y sangrienta llamarada como estalló en España en la horrible contienda que se aconseja olvidar y que puede renovarse por recíprocas intransigencias y odios nunca extinguidos.

¿Estudiar la guerra civil científicamente? Es pronto. Que lo hagan los hombres de avanzada del siglo XXI. Nosotros tenemos aún cerca la tragedia y abiertas las heridas. Y no nos hemos curado de la ancestral barbarie.

Hay que hacer razonar a los energúmenos, prontos siempre al exterminio del adversario tras un levantamiento de derechas o de izquierdas. Hay que hacerles imaginar que ellos pueden ser las primeras víctimas. Hay que hacer ver a todos la trágica estampa de la España de otrora que puede ser la España de mañana.

Claudio SANCHEZ ALBORNOZ